



EL BARCO  
DE VAPOR

SERIE ELIA Y SUS AMIGOS

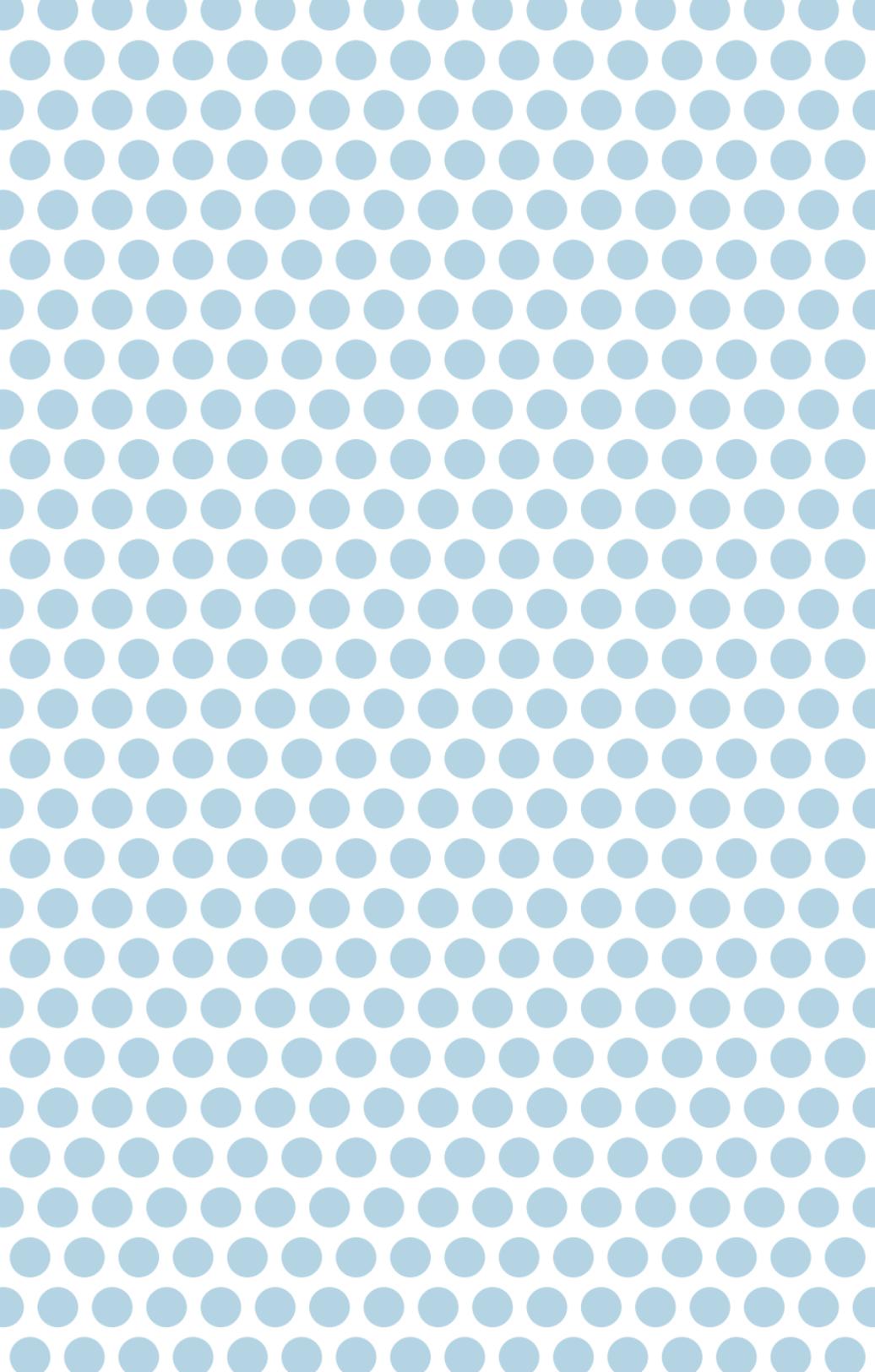
# Elia y las olimpiadas escolares

Timo Parvela

Ilustraciones  
de Mikel Valverde



sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Elia y las olimpiadas escolares

Timo Parvela

Ilustraciones de Mikel Valverde

Traducción de Luisa Gutiérrez



Primera edición: abril de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Teresa Tellechea  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Ella ja Pate*  
Traducción del finés: Luisa Gutiérrez

Publicado por primera vez en finés  
por Tammi Publishers en 1999, Helsinki, Finlandia.  
Publicado por acuerdo con Bonnier Rights Finlandia, Helsinki.

© del texto: Timo Parvela y Tammi, 1999  
© de las ilustraciones: Mikel Valverde, 2016  
© Ediciones SM, 2016  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

**ATENCIÓN AL CLIENTE**

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
[clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-8509-4  
Depósito legal: M-38939-2015  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ELIA



TUOMAS



LA PROFESORA DE 1º B



EL PROFESOR



SAMI



PAULI



# ● 1

## 2º DE PRIMARIA

ME LLAMO ELIA. Ahora voy a 2º de Primaria, igual que el resto de mis compañeros de clase. Y que el profesor. Y que Pauli.

–¿Pero esto no es la universidad? –preguntó Pauli al profesor el primer día de clase–. ¿Para qué sirve venir un año entero al colegio si luego no se puede entrar en la universidad?

Pero el profesor no respondió. Se limitó a pasar entre los dedos las cuentas de colores de un collar. Era su nueva afición. Se la había prescrito el médico del colegio.

–¿Nos pagarán, al menos, un sueldo? –insistió Pauli.

A todos nos parecía la mar de divertido empezar de nuevo el colegio y volver a estar juntos. Nos habían sucedido muchas cosas nuevas durante el verano.

En verano, el profesor había encontrado la paz espiritual. O eso era lo que creíamos, hasta que durante el almuerzo se le rompió su collar de cuentas de colores en el comedor.

En verano, Tuomas se había dejado crecer un bigote. O eso era lo que creíamos, hasta que se le cayó en la sopa de verduras.

En verano, Sami había recibido una cartera chulísima. O eso era lo que creíamos, hasta que la directora vino a buscarla.



En verano, Hanna había encontrado un diamante auténtico. O eso era lo que creíamos, hasta que se le cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

En verano, Tiina se había quedado sorda. O eso era lo que creíamos, hasta que la cocinera preguntó quién quería otro helado.

Yo, en verano, había aprendido a convertir las cosas en invisibles. O eso era lo que los demás creían, hasta que el segundo helado empezó a derretirse en mi bolsillo.

Durante el verano, Pauli se había hecho profesor y había crecido un metro. O eso es lo que





él creía, hasta que le explicamos que en la escuela de natación no te dan un diploma de profesor y que un centímetro no es un metro.

En la última clase del día empezamos una asignatura totalmente nueva. Nadie comprendía de qué se trataba, pero era terriblemente emocionante.

–Vais a cerrar los ojos y a respirar muy tranquilamente –empezó el profesor la clase.

Todos cerramos los ojos excepto el profesor, que ensartaba las cuentas de cristal en el hilo que se le había roto a la hora del almuerzo. Lo



vimos porque, naturalmente, todos miramos con los ojos entrecerrados.

–Ahora vais a imaginar que estáis en un bosque silencioso, el viento susurra entre las ramas de grandes árboles –continuó el profesor.

Todos estábamos imaginando. Nos imaginamos que las cuentas de cristal se le caían pronto al suelo.

–Estáis muy muy dentro del bosque. Habéis echado raíces en la tierra. Sois el árbol más grande del bosque.

Ya solo le quedaban dos bolitas por ensartar.

–Estáis durmiendo un sueño profundo. Todo está tranquilo y en calma. Nada se mueve. Nadie se mueve y todos tenéis los ojos bien cerrados y el que se mueva se quedará castigado después de clase –susurró el profesor.

Solo le quedaba una cuenta de cristal. Una verde. La sacó de la cajita, la sostenía entre el pulgar y el índice. Veíamos que le temblaban las manos. Estábamos en tensión. El profesor consiguió ensartarla en el extremo del hilo. En aquel bosque no se movía ni una hoja. En ese momento sonó el timbre del colegio.

–¡Sois árboles! –gritó el profesor. Se le había caído la última cuenta al suelo.

Y eso éramos: treinta árboles ciegos, que querían ayudar al profesor a encontrar su bolita de cristal. Y como no podíamos abrir los ojos para buscar, más que un bosque tranquilo y en calma, aquello parecía una jungla escandalosa venga choques y trompazos.

Sami encontró la cuenta, lo que nos pareció injusto, porque había entreabierto los ojos. Y además, no la habría encontrado si no la hubiera pisado. Le llevó las dos mitades de



la cuenta de cristal al profesor, que, para nuestra sorpresa, estaba sonriendo.

—¡Bravo! —el profesor gritó de alegría y nos mostró el hilo. Había ensartado todas las cuentas, excepto la verde, y luego ató los dos extremos con un fuerte nudo. Aquello nos parecía casi tan asombroso como la expresión que tenía cuando, al bailar de alegría, se le enganchó el collar en el pomo de la puerta y se rompió otra vez. Naturalmente, le ayudamos a recoger las cuentas y a devolverlas a la cajita junto a las dos mitades de la cuenta verde. El profesor sonreía de un modo extraño. Se le notaba muy contento de tener algo que hacer al día siguiente.

La nueva asignatura nos pareció a todos muy instructiva. Creo que se llama chúpate esa.